

LOST 7x04: A la sombra de la estatua

Carlos y Ana Belén

<http://proyectounfinaldignoparalost.blogspot.com/>

Fecha de Publicación: 19 de julio de 2010

Anteriormente en Lost

Ana Belén se pierde en la isla motivada por las extrañas sensaciones que recibe desde que despertó. Un grupo sale en su busca. A este grupo se añade Guillermo en el último momento ya que ha oído que Ana Belén podría saber algo de Máriam. Cuando la encuentran, reciben el ataque de un grupo de habitantes de la isla que los duermen con dardos tranquilizantes.

7x04: A la Sombra de la Estatua

Gema estaba preocupada. Hacía tiempo que su marido no la llamaba y no sabía nada de su hija. En aquel barco no había cobertura de teléfono. El sistema satélite de las habitaciones estaba estropeado y no había manera de comunicarse con el exterior si no era a través del centro de comunicación. Normalmente, Ese tipo de llamadas estaban restringidas a emergencias.

De normal, el marido de Gema le llamaba cada día, sin embargo llevaba dos días sin saber nada de ellos. Gema comentó el problema en la comida.

- La verdad es que...no puedo evitar echar de menos a la peque —
Gema tenía la mirada inquieta.
- Tranquila— Zoe intentaba tranquilizarla — seguro que están bien, tú disfruta, que falta te hace
- Sí, sí lo sé...— sollozó Gema
- ¿Y por qué no te cueles en el centro de comunicaciones y llamas sin que nadie se de cuenta? — Propuso Zoe — Normalmente ese sitio está vacío, no ves que normalmente no reciben llamadas.
- Pues... , me da un poco de reparo — Respondió Gema
- ¡No seas tonta!— replicó Zoe — así te quedas tranquila de una vez
- No lo estarás diciendo en serio — Máriam, que estaba atenta a la conversación dio su punto de vista. — No hagas eso que se te puede caer el pelo. Ese canal es sólo para emergencias.
- No seas agorera...qué le pueden hacer...no la van a arrojar por la borda. — Zoe animaba a Gema
- Gema, de verdad, no lo hagas — Máriam temía por su amiga

Gema no contestó.

Al terminar la comida decidió retirarse a dormir. No paraba de dar vueltas a lo que Zoe había dicho. Un cosquilleo de temor le recorría el cuerpo sólo con pensar en el hecho de colarse en el centro de comunicaciones. Sin embargo, el no saber de su familia le superaba. Decidió relajarse. lo mejor que podía hacer era intentar dormir para tranquilizarse.

— o —

Ana Belén abrió los ojos tras horas inconsciente. Lo primero que alcanzó a ver fue el techo de la amplia tienda de campaña donde se encontraba. Ya no llevaba la frente vendada, la herida parecía curar rápido y sólo estaba tapada por unos puntos americanos. Su visión estaba algo borrosa pero pudo distinguir una figura junto a la entrada, observándola. Era el joven que la capturó en la selva disparándole el dardo. Ana trató de incorporarse, alarmada, pero se dio cuenta de que tenía las manos atadas.

— Tranquila —dijo el joven con voz suave alargando el brazo en señal de calma — No debes hacer movimientos bruscos, el efecto del sedante dura un buen rato.

Ana Belén permaneció sentada, terminando de enfocar la vista para verle con nitidez.

— ¿Dónde estoy? — preguntó la joven atemorizada

— Estás a salvo, no tengas miedo — respondió él acercándose un poco

— ¿A salvo? — alzó la voz una nerviosa Ana - ¡No de vosotros! ¡Me has disparado!

— Creeme. Tú y tus compañeros estábais en serio peligro. Si no os hubiésemos traído... Habría sido peor — aclaró el joven

— ¡Traído no! ¡Nos habéis secuestrado! — protestó Ana Belén más alterada — ¿Dónde están mis amigos? ¿Y dónde coño estamos?

— ¿Por qué no te tranquilizas Ana? — en ningún momento perdía la compostura — Tus amigos están bien, descansando en las otras tiendas. Os trajimos a uno de nuestros campamentos, en la zona norte de la Isla. Sé que tienes muchas preguntas, si mantienes la calma podré responderte a la mayoría de ellas.

- ¿Quién eres? ¡¿Cómo sabes mi nombre joder?! — los nervios de Ana iban en aumento, más cuando el muchacho fijaba la mirada en ella de forma inquietante, dejando apreciar el azul en sus ojos.
- Sabemos muchas cosas sobre vosotros, aunque quizá no suficientes, por eso estáis aquí. Pero no debéis temer. Mi nombre es Sam — se presentó finalmente — Al parecer te diste un buen golpe en la cabeza — señaló su frente sonriendo — Ahora debes cuidar que no se infecte.
- No te hagas el simpático — Ana no bajaba la guardia — De acuerdo Sam, primero me vas a desatar las manos y después quiero hablar con tu jefe — dijo seria, incorporándose con más o menos equilibrio, apoyándose como pudo en sus manos atadas. El gesto de Sam mostraba desaprobación, y Ana insistió — ¡Ahora! ¡Y juntos me contáis qué está pasando!

Sam pareció acceder, sacó de la parte trasera del cinturón una pistola y apuntó a Ana.

- De acuerdo — dijo Sam — pero no harás ninguna tontería — señalando su arma — Ésta no dispara dardos

Ana Belén asintió con la cabeza al tiempo que elevaba las manos ligeramente en señal de docilidad. Sam le dio paso para que se acercara a la salida de la tienda y se colocó tras ella para llevarla vigilada.

Salieron de la tienda de campaña y Ana Belén pudo ver la totalidad del campamento, un enclave situado junto a la costa, un pequeño valle libre de vegetación custodiado por dos montañas, donde había unas diez tiendas todas iguales, de grandes dimensiones, repartidas en una extensión no muy grande de terreno. Había un par de hogueras apagadas, y unas cuentas sillas plegables. Un hombre entrado en los 40, pelo lacio y oscuro y barba desarreglada, se acercó a ellos rifle en mano.

- Quiere verle —informó Sam a su compañero — Desátale las manos

El hombre asintió, le desató las manos y se dirigió a una tienda. Ana pudo ver a otras personas, hombres y mujeres, caminando entre las tiendas, todos ellos armados, y vestidos con ropas muy desgastadas. Miraban a Ana Belén con desconfianza mientras caminaba junto a Sam hacia una de las tiendas. Sam agarró del brazo a Ana para que se detuviera; con la otra mano seguía apuntándola a la espalda. Fue entonces cuando, del interior de la tienda donde se había metido el compañero de Sam, apareció un hombre

un poco mejor vestido, de unos 35 años, bastante atractivo, alto, tez clara, cabello corto y rubio claro. No llevaba ningún arma.

- Buenas tardes Ana Belén — saludó amistoso el hombre — Espero que la siesta te haya sentado bien.
- ¿Dónde están mis amigos? ¿Quién cojones sois? ¿Y por qué nos habéis atacado? — preguntó Ana con tono agresivo, quería respuestas ya
- Tal vez deberíamos empezar por... qué estáis haciendo en nuestra isla, ¿no te parece? — El hombre replicó — Vosotros habéis entrado en nuestra casa y no nos gustan los intrusos
- Pero... ¡No me jodas! — contestó Ana envalentonada — Nuestro barco naufragó y... déjame adivinar, hemos ido a parar a una isla perdida de la mano de Dios tomada por una secta de frikis. ¡Qué mala suerte! — El grupo se reunió alrededor de ellos, y Ana sentía que no eran amistosos. Entonces, rebajó el tono irónico— No sé qué decir, sentimos mucho haber naufragado. Nuestra intención no era aparecer en esta isla, en vuestra isla. Nosotros sólo queremos volver a casa. Y espero que podáis ayudarnos.
- Gracias por entenderlo, Ana Belén — El hombre seguía mostrándose amistoso — Y creo que es de recibo aclarar que, nosotros, no formamos parte de ninguna secta — añadió divertido — Nuestro cometido aquí es muy distinto. Permíteme que me presente por favor — alargó el brazo para estrechar la mano de Ana, que rechazó el saludo, reticente sin perder de vista las armas apuntándola. El hombre bajó el brazo y prosiguió — Me llamo Aaron Littleton; llevo años viviendo y protegiendo esta isla.
- ¿Protegiéndola...? ¿De qué? — Ana sólo podía pensar que aquellas personas estaban totalmente locas. Aaron no contestó a su pregunta, tan sólo la miraba, al igual que el resto de presentes. Los nervios de Ana iban en aumento, trataba de seguir su lógica — ¿De náufragos desvalidos asesinos?
- En esta isla... uno no naufraga por casualidad — Dijo Aaron críptico — Sólo queremos saber de qué bando estáis
- Quiero ver a mis amigos. Dejadnos ir por favor, no tenemos ninguna intención de hacer daño a vuestra tierra, sólo dejadnos marchar en paz. En cuanto nos rescaten tendréis toda la isla para vosotros, la playa... todo.

Aaron no contestaba miraba fijamente a Ana Belén.

- ¿Dónde están mis amigos? — Ana Belén volvió a encenderse. Exigía una respuesta
- No tienes a tu suerte Ana — Dijo Aaron — No estás en posición de exigir nada.
- Aún no entiendo qué es lo que queréis de nosotros — Dijo Ana — no os hemos hecho nada
- Mira, sois vosotros los que habéis invadido la Isla. Si no fuera por Hugo... — Aaron negó con la cabeza
- ¿Quién es Hugo?

Aaron mantuvo silencio durante unos momentos. Al final se decidió a Hablar, pero esta vez en un tono más duro.

- Hugo es el que te mantiene con vida.
- ¿Hugo es tu jefe? — Ana Belén elucubraba, no tenía muy claro qué estaba pasando — ¿Le conozco?
- No te lo puedo decir con seguridad — Explicó Aaron — pero creo que no.
- ¿Y qué es lo que estamos esperando? — Dijo Ana
- Esperamos a Ben — Aaron habló en tono serio — él sabrá qué hacer.
- Así que tú no tienes poder de decisión aquí, ¿Me equivoco? — Ana hablaba cada vez con más dureza. Aaron no respondió — No entiendo nada

Entonces, de otra tienda, apareció otro hombre armado arrastrando a un Guillermo golpeado. Tenía sangre en la cara, se revolvía, pero su captor era más fuerte. Le llevó junto al grupo y le dejó caer bruscamente contra el suelo arenoso.

- ¡Guillermo! — Exclamó Ana. La joven vio las heridas de los golpes en el rostro de su amigo, y se asustó aún más — ¡¿Qué queréis de nosotros?!
- ¿Cuántos sois en total? — Se interesó Aaron — ¿Cómo naufragasteis?
- ¡No les digas una mierda! — gritó desde el suelo Guillermo escupiendo sangre - ¡No les digas nada a estos hijos de puta!

Acto seguido se acercó por detrás un hombre joven. Dejó su rifle a un lado y agarró por el pelo a Guillermo echando su cabeza hacia atrás con gran violencia.

— Eres un mal hablado — le dijo intimidante, al tiempo que empezó a golpearle con el puño cerrado. Propinó tres puñetazos en el rostro maltrecho de un Guillermo al borde de la inconsciencia.

— ¡Basta ya! — Aaron quiso detener a su compañero, que no hacía caso— ¡Brian! — el joven entonces se detuvo, soltó a Guillermo y se incorporó obediente, cruzando una mirada resentida con Aaron — Es suficiente. . .

Sam había bajado la guardia y la joven aprovechó para robarle el arma y encañonarle la sien a Aaron. Los demás cargaron y apuntaron hacia Ana

— ¡No disparéis! — Ya sabéis lo que ha dicho Hugo

— ¡Soltad a Guillermo! — Ordenó Ana — ¡Soltad a todos!

— No lo vamos a hacer. . . — Dijo Aaron confiado — no puedes escapar.

Guillermo aprovechó la confusión para correr hacia la selva. Uno de los esbirros de Hugo apuntó y se propuso disparar cuando Ana Instintivamente disparó a aquel hombre, que cayó al suelo fulminado.

— ¡Brian, no! — Gritó Aaron — ¡Que no escape!

Los demás hombres se dispusieron a correr tras Guillermo cuando Ana efectuó un disparo al aire

— ¡Que no se mueva nadie! — Todo el mundo quedó petrificado.

— Ana. . . — insistió un Aaron imperturbable — No podéis escapar; esto es ridículo. Soltad las armas, no empeoréis las cosas aún más.

— ¿Qué voy a hacer? — Ana intentaba mostrarse amenazante, pero los nervios la delataban. Estaba muerta de miedo, su voz se quebraba— ¡Ya has visto de lo que soy capaz! — Ana pensaba a toda velocidad. Entonces cayó en la cuenta — Hugo me protege a mí. . . él no dudó en intentar matar a Guillermo pero. . . a mí no podéis dispararme

— Está bien — cedió Aaron, seguro de tener el control de la situación. Se dirigió a su grupo — Bajad las armas chicos — Los demás le miraron reticentes — He dicho que bajéis las armas.

Finalmente obedecieron a su líder y dejaron de apuntar a Ana, que empezó a retroceder lentamente Sin dar la espalda en ningún momento a los hostiles, fue alejándose del campamento y acercándose a una zona boscosa. Una vez junto a los árboles, Ana elevó la voz para decir una última cosa

— ¡Dejadnos ir! ¡No nos sigáis, lo único que queremos es encontrar a nuestros amigos y salir de esta isla! ¡Nada más!

— ¡No disparéis! — Gritó otra vez Aaron — Ana, tú no lo entiendes, no puedes escapar. Tarde o temprano te encontraremos. Sé razonable, no empeores las cosas. . .

Ana Belén no dijo nada más. Una vez hubo alcanzado el bosque se dio la vuelta y se puso a correr como alma que lleva el diablo. En seguida se encontró con Guillermo que se había quedado escondido esperándola. Los hostiles salieron tras ellos de inmediato. Guillermo y Ana corrían entre los árboles tratando de esquivar obstáculos

— ¡Joder, cómo corren estos tíos! ¡Nos van a coger! — Guillermo gritaba presa del pánico

— ¡Sigue corriendo! — Ana le alentaba pero el terror también se reflejaba en su rostro — ¡Por aquí! — La joven se movía con soltura y se orientaba a la perfección — ¡Por aquí! — En milésimas de segundo cambiaba la orientación y dirigía a su amigo — ¡Aquí! ¡Vamos!

Guillermo tenía una complexión atlética y casi doblaba en estatura a Ana Belén, pero ella corría a más velocidad, mostrando gran agilidad, y al joven le costaba seguirla. Los hostiles también eran rápidos y poco a poco les iban dando caza; seguían disparándoles al tiempo que corrían. Entonces Ana agarró del brazo a Guillermo y le apartó bruscamente del camino, empujándole y cayendo ella con él hacia un pequeño terraplén cubierto de vegetación. Ambos rodaron hasta que las plantas les hicieron frenar. Ana le agarró la mano y, en silencio, le indicó para que la siguiera reptando hasta una zona donde la espesura de la selva no dejaba ver el suelo. Se escondieron bajo unos arbustos y esperaron la llegada de los hostiles. Estaban agotados de correr, pero trataban de controlar la respiración para que no les escucharan y descubrieran. Enseguida llegaron a la zona varios hombres, todos armados. Unos pocos siguieron corriendo, mientras otros se detuvieron a inspeccionar el terreno. En este grupo estaba Sam, portando otra pistola, y bajó el pequeño terraplén con cuidado de no resbalar. Todos

observaban a su alrededor en silencio, buscando a los fugitivos. Sam se detuvo muy cerca del lugar donde se escondían Guillermo y Ana Belén. Parado, de perfil, alcanzó a ver de reojo dos sombras. El dedo que posaba sobre el gatillo de su arma se tensionó, gesto que apreciaron unos asustados Ana y Guillermo.

— ¿Has visto algo? — preguntó a Sam uno de sus compañeros desde lo alto del terraplén

Sam giró la vista hacia su compañero, titubeó unos segundos, y después contestó

— Aquí no hay nada. Sigamos

Acto seguido marchó junto al resto de hostiles. Guillermo y Ana suspiraron de alivio, más Ana que no entendía lo que acababa de ocurrir. Estaba segura de que Sam les había visto, y no alcanzaba a comprender por qué no les había delatado. Esperaron a que el grupo de hostiles se alejaran de la zona para salir con prudencia de su escondite.

— o —

Cuando los hostiles regresaron al campamento Sam acudió a ver a Aaron.

— Han escapado. — Dijo Sam

Aaron se quedó pensativo unos instantes.

— Creo que al final Ben tenía razón, son más peligrosos de lo que Hugo predijo. voy a llevar al resto a Dharmaville. Tú ve y dile a Ben lo que ha pasado.

— Pero entonces él... — Sam miró desconcertado a Aaron — No Aaron, ellos no son así. Yo también he oído a Hugo. Ella no nos va a hacer ningún daño... lo noto.

— Sam, han matado a Brian — Dijo él — Son ellos o nosotros. Ben tiene razón. Hay que liberar el sistema de seguridad. Hugo ha de entenderlo.

— Brian era un gilipollas y tú lo sabes. ¿Has visto lo que ha hecho con ese tipo? Jamás ha hecho las cosas bien. A Hugo nunca le ha gustado.

Aaron se acercó a Sam y puso las manos en sus hombros

— Sam, ¿Has olvidado quién eres y dónde estás?

Sam no estaba convencido, pero al final cedió.

— Así lo haré... pero... déjame que salga a buscarles... dame la oportunidad de encontrarles antes que él lo haga. — Rogó Sam

— Me parece bien... pero... ten cuidado — Dijo Aaron con una sonrisa
— Aún estoy a tu cuidado

— o —

Gema había tenido una pesadilla horrible. En su sueño su hija y su marido estaban en medio del mar, en un bote salvavidas, alejándose, mientras ella estaba en el barco. Su marido llevaba a la pequeña en brazos, parecían tranquilos. Él no la miraba. Miraba al horizonte. Gema quería gritar pero no podía. Por mucha fuerza que aplicara a sus cuerdas vocales, apenas podía articular unos leves susurros. Ana Belén aparecía en el sueño. Ella intentaba tranquilizarla sin éxito.

— ¡Tranquila Gema! — hablaba Ana Belén con gesto serio — Todo está bien. Este es nuestro destino.

— Grita... tú que... puedes... — Gema se desgañitaba por intentar hacerse entender.

— Déjalo estar — Ana Belén mantenía el mismo tono — Lo que tenga que pasar... pasará

Gema no se resignó y decidió ir a buscarlos. Saltó del barco en un último intento de alcanzarlos.

Despertó en el momento en el que su cuerpo tocó el agua. Estaba sudando, y su corazón latía con gran fuerza. Aquel hecho fue decisivo. Iba a hacer lo que le había sugerido Zoe. Se colaría en el centro de comunicaciones.

Se preparó en un instante y se dispuso a salir. Se dirigió a la cubierta de la piscina. El centro de comunicaciones estaba en la cubierta del puente a la que se accedía por una escalerilla desde justo al lado de la piscina. Allí hablaban Rubén, Jesús y David. Tenía miedo a que la vieran y decidió esperar a que se fueran. Se sentó en una tumbona. Mientras esperaba, se empezó a reprochar lo histérica que se estaba volviendo. Pensó que lo mejor que podía hacer es tranquilizarse y volver a su habitación. Apenas había decidido volver cuando de repente, Ana Belén cruzó por delante de ella.

— ¡Hola Gema! — Saludó Ana

Gema dio un brinco. No la había visto llegar.

— Dios qué susto me has dado. . . — Gema quedó de piedra al reconocer a Ana Belén

— ¿Qué pasa? — preguntó Ana Belén extrañada — Tengo algo en la cara?

— . . . ehhh . . . Nada, nada — Gema intentó tranquilizarse — estoy algo nerviosa por el tema de las comunicaciones.

— Gema. . . no te agobies. . . y disfruta — Ana Belén intentó animarla

— Sí, quizá tengas razón. — Gema agachó la cabeza.

— Bueno, te dejo relajarte en la tumbona, marchó a mi cuarto — dijo Ana Belén — De todas maneras. . . estés nerviosa o no, lo que tenga que pasar, pasará.

Ana Belén se dirigió a su cuarto. Gema se quedó blanca como la pared. *Lo que tenga que pasar, pasará* la frase de Ana Belén retumbaba en su mente. Había vuelto a cambiar de opinión. Su intranquilidad alcanzaba límites inaguantables. Y ahora lo haría de una vez por todas sin volver a pensar en ello. Cuando Gema levantó la vista vio que ninguno de los chicos estaba en la piscina. Se decidió a ir. Cuando se hubo asegurado que no había nadie más se dirigió a la escalerilla y subió a la cubierta superior.

Apenas entró en la cubierta del puente vio como Héctor y José Luis subían por la misma escalerilla que ella había utilizado. Asustada, corrió hacia el pasillo que llevaba a la sala de comunicaciones escondiéndose tras la esquina. Héctor y José Luis doblaron hacia el puente. Gema se sintió aliviada. Esperó unos minutos hasta estar segura que no le seguía nadie y continuó su camino. La sala de comunicaciones estaba abierta. No había nadie, tal y como había predicho Zoe.

Gema cerró la puerta con cuidado, y se acercó al enorme teléfono satélite que estaba en una de las paredes de la pequeña sala. Con una mezcla de impaciencia y miedo descolgó el aparato y comenzó a marcar. Sin embargo, parecía no funcionar. Un extraño sentimiento de angustia recorrió su cuerpo. Gema estuvo un buen rato intentando que aquel aparato funcionara hasta que de repente se le ocurrió pensar que aquel aparato estaba desenchufado. No podía ser. El sistema era lo suficientemente importante como para estar permanentemente enchufado. Gema se agachó en busca del enchufe y, de repente, el alma le cayó a los pies. Efectivamente, el cable que conectaba el teléfono a la toma de corriente estaba en el suelo. Gema se metió bajo la mesa y enchufó el cable. En un momento, una protocolaria sinfonía de pitidos se puso en marcha. Gema no quiso perder el tiempo más y comprobó que había línea. Tras hacerlo, comenzó a marcar el número de su marido. Cuando escuchó el primer tono un sentimiento de felicidad le inundó. Apenas empezó el segundo tono una voz con claros síntomas de ansiedad se oyó a través del auricular

— ¿Diga? — La familiar voz de David, el marido de Gema la reconfortó.

— ¿David?, soy yo, Gema — Contestó ella

— ¡Gema! ¡Gracias a dios! — David parecía estar eufórico — ¿Os han encontrado? ¿Dónde estábais? ¿Qué ha pasado?

— ¿Cómo? ¿Como que qué ha pasado? — Gema estaba extrañada — nada... seguimos en el barco

— ¿No os han rescatado? — David empezó a ponerse nervioso — Gema escúchame... el barco se ha perdido no os encuentran... llevamos dos días sin saber vuestro paradero

— ¿Cómo? — Gema se asustó — ¿Que se ha perdido el barco?

— Busca al capitán y que se ponga en contacto con el guardacostas... — La voz de David se perdía

— ¡David! — Gema estaba aterrorizada — ¡No te oigo! ¡David!

Gema empezó a escuchar un terrible e inquietante silbido. De repente un tremendo golpe le hizo perder el equilibrio. Gema cayó al suelo y se golpeó la cabeza. Mientras perdía el conocimiento, una potente y cegadora luz se colaba en sus retinas.

Ajenos a los problemas que el grupo de Carlos había encontrado en la isla, En la playa, el resto de miembros de su grupo se encontraban en sus cotidianos quehaceres . Nacho cuidaba de Juan y Serdula que seguían en la tienda médica. Serdula estaba prácticamente recuperado. Juan seguía inconsciente. Nacho había tenido que cortarle el resto del brazo. Aunque el torniquete le había salvado de morir desangrado, el tejido se estaba necrosando y tuvo que amputar. Nacho, que prácticamente había gastado la mitad de su reserva de antibióticos,, era optimista, y pensaba que a pesar de todo sobreviviría.

José Francisco y Álvaro estaban tumbados en la playa, descansando después de haber conseguido pescar unos cuantos peces.

— ¡Somos unos cracks!

— Pensaban que no lo conseguiríamos — José Francisco y Álvaro se felicitaban por su éxito

El grupo estaba relativamente contento. Después de la desgracia del naufragio aquella tarde les esperaba un festín. Una pequeña luz de esperanza en la minada moral del grupo que aún esperaba que sus amigos volvieran con Ana. Incluso tenían frutas para el postre que habían encontrado por el bosque. Abel y David a las órdenes de Ana Navarro se pusieron a preparar el pescado para la cena. David y Ana N. se quedaron limpiando el pescado, mientras Abel había ido a recoger más leña para el fuego.

— ¡Vamos a flipar! ¡Este pescado nos va a saber a gloria! — Dijo David mientras desgarraba el pescado.

— La verdad es que me está entrando un hambre... — Ana tenía Una enorme sonrisa en la cara

— ¿Qué habrá sido de éstos? — preguntó David

— Pues no lo sé..y la verdad es que me tienen un poco preocupada porque llevan demasiado tiempo fuera — Contestó Ana — espero que no se hayan perdido.

De repente un extraño ruido les sobresaltó. Un repetitivo ruido metálico salía del interior de la selva.

— ¡Fuego! — Gritó Álvaro

Ana y David vieron a Álvaro correr hacia la zona del bosque más cercana a la tienda médica. Llevaba una cubeta llena de agua. Nacho y

Serdula fueron en su ayuda. José Francisco también se acercó. De esa zona, empezó a surgir ante ellos un denso humo negro.

— Aquí está el humo pero... dónde está el fuego — advirtió Nacho — y... ¿Qué es ese ruido?

En un momento, parte del humo negro pareció cobrar vida. El Humo, que parecía tener brazos, agarró a Nacho y lo introdujo dentro de sí. El alarido de terror de Nacho se escuchó en toda la playa, provocando la huída de Serdula y Álvaro.

En la distancia, José Francisco no entendía qué ocurría y huyó por inercia hacia donde se encontraban Ana y David, que no comprendían nada. Un desagradable crujir de huesos detuvo de golpe el grito de Nacho. Segundos después, el cuerpo sin vida del médico volaba hacia el mar.

— ¡Yo me largo! — Ana corrió hacia el interior de la selva sin saber muy bien dónde huir.

David la siguió y José Francisco tras ellos. Apenas entraron unos metros dentro del bosque cuando chocaron con Abel que volvía con la leña.

— ¿Qué pasa? — Abel miraba a todos enfadado — ¿Por qué no miráis por donde vais?

— ¡Calla y corre!

Abel miró hacia la playa extrañado. Vio cómo una columna de humo negro volaba detrás de Serdula y Álvaro que corrían como alma que lleva el diablo. Al monstruo no le costó alcanzarlos. Dos brazos de humo cogieron por los pies a sus amigos que cayeron violentamente a la arena. Serdula y Álvaro gritaban aterrados. Abel se quedó blanco y huyó por donde lo habían hecho Ana, David y José Francisco. Atrás iba dejando los gritos desgarrados de Álvaro y Serdula. Cuando sus voces se ahogaron de golpe, a Abel se le encogió el corazón.

— o —

Guillermo y Ana Belén avanzaban por la selva temerosos de volver a encontrarse con los hostiles. Estaban cansados de caminar, Guillermo se limpiaba las heridas con la manga de la camiseta, y se extrañó al comprobar que el brazo fracturado tres días antes ya apenas le dolía.

— ¿Crees que habrán matado a los demás? — preguntó Guillermo mientras andaban. Ana le miró un momento preocupada, pero no respondió, no quería pensar en ello. — ¿Qué coño está pasando? — Guillermo estaba confundido — ¿Ha perdido todo el mundo la cabeza? ¿Dónde coño estamos?

— No lo sé Guillermo, estoy tan confundida como tú.— Terminó contestando Ana

— ¿Por qué te protegen? ¿Por qué nos quieren eliminar a los demás?

— Es raro... — Ana Belén especuló — pero quizá tenga que ver con... no sé... a veces siento cosas... desde que estoy en esta isla

— ¿Cómo que cosas? ¿Qué tipo de cosas?

— No sabría decirte... a veces siento... como si supiera dónde tengo que ir

— Creo que te estás volviendo loca — se resignó Guillermo — Pero con lo que está pasando... es normal.

Ana Belén se levantó de repente y comenzó a caminar en una dirección fija

— No te enfades... Perdon... No lo he dicho con intención de molestarte — Se explicó él

Guillermo la siguió, intentando encontrar el foco de atención de su compañera. Enseguida dejaron atrás la maleza y llegaron hasta una pequeña playa de arena blanca y aguas cristalinas. Los ojos de Ana se abrieron pero no más que los de Guillermo cuando alcanzó a ver, junto a la orilla, una increíble edificación: era la base de una estatua derruida hecha de roca de la que sólo quedaba el pie izquierdo. Se acercaron a la construcción y comprobaron que el pie representado tenía sólo cuatro dedos. Aquello la hacía realmente inquietante.

— Madre mía. Esto debió de medir lo menos 200 metros de alto — elucubró Guillermo

— No, 77 metros exactamente — Ana Belén hablaba con voz grave — Usaron esquisto micáceo y granito

— ¡Claro!, lo olvidaba ... que eres de Letras — Guillermo recordó que Historia del Arte no entraba entre sus asignaturas del Instituto — ¿Qué estatua es?

- No lo sé... — Ana miró a su amigo confundida — No lo entiendo... de alguna manera sabía que la encontraría aquí.
- ¿Cómo lo sabías? — preguntó Guillermo igualmente desconcertado. Ella dudaba, trataba de encontrar la respuesta en su cabeza — Ana, me estás asustando
- Tenía cuatro dedos en los pies, cinco dedos en las manos... un Ankh en cada mano. Recuerdo una frase... La tierra de la fertilidad había de ser infértil... — Ana parecía hablar sin sentido — Pero no recuerdo de qué
- Ana, ¡ ¿Qué estás diciendo? !

Ana Belén volvió de nuevo la vista hacia la construcción, tenía una sensación muy extraña; era la primera vez que tenía ante sí aquella base, pero le resultaba tremendamente familiar. Era como si conociese aquel lugar, la playa, la selva... todo. Para Ana no era un paraje extraño, podía orientarse con facilidad, moverse de un sitio a otro sin problemas, pero a la vez estaba segura de que nunca antes había pisado ese lugar. La insistente voz de Guillermo hizo que, de repente, tomara conciencia de algo.

- Guillermo, Yo he estado aquí antes.
- ¿Qué? — Guillermo miraba a Ana con la boca abierta
- No sé... , sólo recuerdo fragmentos... recuerdo la estatua... yo viví a la sombra de la estatua — Ana miró la cara de Guillermo

Guillermo estaba perplejo con todo aquello, pero realmente sólo tenía una cosa en la cabeza. Necesitaba saber si Ana podría ayudarle.

- Sólo dime una cosa... ¿Sabes dónde está Máriam?

Ana Belén quedó pensativa. Intentaba recordar. Finalmente habló.

- Creo... que sí...
- Llévame con ella por favor — Suplicó Guillermo con lágrimas en los ojos

Ana Belén asintió. Entonces se dirigió de nuevo hacia el interior de la selva. Guillermo la siguió esperanzado

— o —

Los demás asistieron a la fuga de Ana Belén arrestados en el interior de las tiendas. Se encontraban atados y las únicas referencias que tuvieron fueron auditivas. En un momento, los hostiles procedieron a levantar el campamento. Agruparon a Zoe, Carlos, Alejandro, Claudio, Jesús, José Enrique y María, les ataron las manos y les encañonaron con sus armas.

— ¡Andando! — gritó Aaron — Espero no tener problemas con nadie. Ya hemos tenido bastante por hoy.

Los ánimos de los hostiles estaban bastante alterados. Así que los naufragos debían andarse con cuidado. Alejandro, Jesús y Jose Enrique caminaban alicaídos. Claudio arrojaba a María que estaba visiblemente afectada. Zoe estaba indignada con la actitud de Ana Belén.

— Si al final nos van a matar y todo — Dijo Zoe — ¡Y todo por culpa de esta loca!

— No digas eso Zoe — Carlos intentó calmarla — no te sulfures

— ¿Que no me sulfure? Deja de protegerla, Carlos — Zoe estaba encendida — Se va de la playa cuando han atacado a Juan. Vamos a buscarla, se escapa ella sola y mata a uno de los suyos... con quién crees que se van a desquitar estos cabrones

— Nosotros no somos peligrosos. No hemos hecho nada por escaparnos. Colaboremos y no nos pasará nada — Dijo Carlos intentando calmar al grupo.

— Hacedle caso a éste — Dijo Aaron señalando a Carlos — Sabe lo que se dice — Aaron había estado atento a lo que habían hablado Zoe y él

Carlos le dedicó una mirada encendida a Aaron. Aaron le respondió con una sonrisa socarrona. Sin embargo, Carlos se contuvo y bajó la cabeza dando ejemplo. Todo el mundo imitó el gesto de Carlos, incluida Zoe. Nadie volvió a hablar por el camino, que transcurrió tranquilo.

Tras unas horas caminando. El grupo llegó a un conjunto de casas que se encontraban en un precioso valle. Ben les esperaba a las afueras de la pequeña aldea. Vestía una sonrisa en la boca.

— ¡Buen trabajo Aaron! — Dijo Ben — ¿Tuviste problemas con Sam?

- No demasiados...El chico es joven...impetuoso...creo que pasa demasiado tiempo con Hugo. — Contestó Aaron
- Es igual que su padre — Dijo Ben
- Por cierto, hemos perdido a Brian — Informó Aaron
- A Brian lo perdimos hace mucho tiempo — Contestó Ben

Carlos cruzó la mirada con la inquietante mirada de Ben mientras les llevaban dentro del pueblo. Ben le observó y le respondió con una sonrisa. Carlos le saludó con un movimiento de cabeza con gesto serio. Los hostiles les condujeron hasta una de las casitas. abrieron unas puertas que llevaban a los sótanos donde les esperaban una celdas donde pasarían las próximas horas.

— o —

Guillermo y Máriam pasaban la tarde juntos. El viaje estaba siendo toda una luna de miel para ambos. Después de la comida, era bastante habitual que ambos se dirigieran a la proa del barco. Aquel día, Ana Belén estaba de pie en la barandilla sintiendo el aire que corría por su piel. Estaba sola, pensativa. Máriam se acercó a ella.

- Hola — Dijo Máriam posando la mano sobre su hombro — ¿Qué haces aquí sola?
- Ana Belén se dio la vuelta y la miró
- Hola Máriam, sólo estaba pensando — Contestó ella
- Últimamente te veo distante...¿Te pasa algo? — Máriam estaba preocupada por su amiga
- No es nada... — Ana Belén intentó tranquilizar a Máriam con una forzada sonrisa — De verdad.
- Sabes que puedes hablar conmigo — Máriam se ofreció
- No te preocupes, en serio — Dijo Ana Belén — Es que me mareo un poco en los barcos
- ¿Sólo es eso? — Máriam no estaba convencida

— Sólo eso

Tras ello, Ana Belén se dirigió por cubierta hacia la piscina, dejando solos a Máriam y Guillermo. Como tantos otros días, se recostaron en las hamacas. Guillermo se sentaba abrazando a Máriam que se tumbaba delante. A pesar del caluroso sol, el viento que corría en esa zona era tan intenso que provocaba frío a Máriam. Ella se acurrucaba en los brazos de Guillermo con una cálida sonrisa en sus labios. En esos momentos ellos se sentían plenamente felices, no necesitaban nada más. Sus miradas, sus gestos, sus sonrisas, todo era perfecto. Allí pasaban los minutos como si fuesen segundos

— No quiero que este momento termine nunca — A Máriam le brillaban los ojos

Guillermo sonreía y acariciaba con cariño el cabello de Máriam.

— Si quieres nos quedamos aquí para siempre — Contestó él

— Ójala pudieramos

Guillermo acercó sus labios a las mejillas de Máriam y la besó con toda su ternura. Máriam giró la cabeza y le besó en la boca con pasión.

Después descansó su cabeza sobre el brazo de Guillermo y le miró a los ojos pícaramente.

— No me gusta esa mirada — exclamó Guillermo con una media sonrisa

— ¡jo! es que me hace mucha ilusión hacer una cosa. — Máriam le miró rogándole

— Casi que prefiero no saberlo a preguntarte qué es.

— Venga, por favor — Máriam aumentó la intensidad de su mirada e hizo pucheros con sus labios

— Me voy a arrepentir, pero está bien ¿Qué es lo que quieres? — La mirada de Máriam le resultaba casi irresistible

— Porque no hacemos lo de Titanic — Pidió Máriam señalando a la proa del barco.

— Me da un poco de respeto — Guillermo no estaba muy convencido

— Venga, por favor, será un momento

— Vale, pero sólo un momento

Márium se colocó en la pasarela de la proa del barco. Al principio se agarró en la barandilla justo hasta que Guillermo se colocó para agarrarla por detrás. Una vez la tenía fuertemente agarrada por la cintura, ella abrió los brazos. Se sentía libre. Solo veía mar a su alrededor. El viento acariciaba su rostro con fuerza y hacía ondear su melena al viento. Sentía como si volara.

— Vamos a dejarlo ya — Guillermo se estaba poniendo un poco nervioso

— Sólo un poquito más por favor — Rogó ella

De repente, algo imprevisto empezó a ocurrir. Un fuerte silbido irrumpía a la izquierda del barco, ambos miraron hacia allá. No había nada, sólo agua. En un momento, una pequeña esfera de luz cegadora pareció formarse justo en la superficie del agua a unos pocos kilómetros del barco. La intensidad del silbido comenzó a subir al mismo tiempo que la esfera crecía de tamaño a gran velocidad. En apenas décimas de segundo la esfera impactó sobre la base del lateral izquierdo del barco. El golpe fue brutal. El navío comenzó a volcar hacia la izquierda al mismo tiempo que se desplazaba a gran velocidad a la derecha. Márium se resbaló de entre las manos de Guillermo y cayó irremediabilmente al agua.

— ¡Márium! — Gritó Guillermo aterrorizado

Guillermo vio como su novia caía al agua. Aquellas milésimas de segundo le parecieron minutos. La esfera de luz cegadora comenzó a cubrir a Márium lo que le obligó a cerrar los ojos. Perderla de vista le ahogó el corazón. En cuanto la luz desapareció Guillermo abrió los ojos. Pero era demasiado tarde. Márium ya no estaba allí. El barco terminó de volcar y comenzó a hundirse sin remedio. Guillermo saltó al agua y se agarró a una hamaca que flotaba en el agua. Pensó que ya era demasiado tarde para los dos. El violento hundimiento del barco arrastraría a todos sin remedio al fondo del océano. Sin embargo, aunque el barco se hundió rápido, llegó muy rápidamente al fondo. Había tierra cerca. Una imponente isla se mostraba ante sus ojos.

A Guillermo y Ana Belén les encontró el amanecer terminando de recorrer el largo camino hasta el poblado de los hostiles. Estaba lloviendo tímidamente, habían dormido pocas horas, estaban sedientos y muertos de hambre, pero al fin llegaban al destino. Desde una colina pudieron ver el poblado en su totalidad: un conjunto de casas de madera de una planta, en modo vecindario, con sus zonas ajardinadas pero sin vallas de separación entre las mismas. El pueblo estaba recogido en un valle con laderas que caían a pico como una montaña. Además de diferentes construcciones decorativas, como una pérgola, un parque infantil o una pequeña fuente, también había edificaciones más grandes como un taller mecánico, un dispensario médico y otras viviendas que se asemejaban a almacenes.

Varias personas caminaban e interactuaban, bien vestidas, ropa cómoda pero limpia. Todos aseados, iniciaban su rutina diaria. Ana alcanzó a ver a Aaron saliendo de una de las casas, y expectante reemprendió la marcha.

— ¿Tú estás segura de que no nos estamos suicidando? — Guillermo la seguía con dudas — Has disparado a uno de ellos, y en cuanto a mí... no vi reparo en ellos por querer cazarme.

— Si hubiesen querido matarnos ya lo habrían hecho — contestó Ana muy segura de sí — Esta gente tiene las respuestas que necesito. Ellos sabrán explicarme qué es lo que pasa conmigo.

En cuanto los dos jóvenes se aproximaron, saltó la alarma entre los presentes. Rápidamente aquellos que llevaban armas encima las desenfundaron, y encañonaron a Guillermo y Ana Belén, que levantaron los brazos como un resorte, mostrando rendición. Las voces de alerta hicieron acercarse a Aaron. Tres de los hostiles agarraron por detrás a los jóvenes y les hicieron arrodillarse mientras les apuntaban.

— Las manos en la nuca, por favor — solicitó Aaron a los apresados, que obedecieron — Ahora entiendes lo que quería decirte, ¿verdad Ana Belén?

— Necesito hablar con tu líder

— ese que llamas Hugo — dijo Ana con cierto temor — Quiero verle.

En pocos segundos comenzó a llover con más intensidad, lo que acompañó el tono más grave de Aaron.

— Me parece que primero deberías disculparte con todos nosotros por la grave afrenta de ayer. Has de saber que Brian, al que disparaste,

ha muerto — el rostro de Ana se estremeció, no podía creerlo — Y he de confesar mi sorpresa al verte aparecer aquí esta mañana, entregándote junto a tu amigo sin oponer resistencia.

- Nunca pretendimos causaros daño — Ana se excusó — Lo único que queríamos era preservar nuestra vida. Estábamos asustados, sólo pensábamos en escapar. Ahora regreso a vosotros porque necesito saber.
- ¡Todos quieren saber! — una voz familiar irrumpió desde una de las casas. Era Ben — La infinita curiosidad...— dijo distendido mientras se acercaba al grupo cobijándose bajo un paraguas — Es tan connatural al ser humano que resulta impensable ponerle límites — Ben llegó a la altura de Guillermo y Ana, que seguían de rodillas con las manos levantadas tras su cabeza, empapados por la lluvia que no dejaba de caer. Aaron se apartó ligeramente para dar paso a Ben — Por fin nos conocemos, tenía muchas ganas de encontrarme contigo Ana Belén, bueno, y contigo también Guillermo.
- Otro que nos conoce —Guillermo habló en voz baja, la situación le desbordaba — ¿Por qué sabéis quiénes somos? ¿Cómo es posible? ¿Han hablado en la tele sobre nuestro accidente?
- Todo a su tiempo Guillermo, tengo que pedirte un poco de paciencia —contestó Ben amistoso. A continuación se dirigió a Aaron— ¿Ya ha regresado Emily?
- Me llamó hace una hora, estaba de camino — informó Aaron mientras oteaba el horizonte — Mira, por allí viene.

Todos los ojos se giraron hacia el punto señalado por Aaron. A lo lejos pudieron ver un jinete acercarse a gran velocidad montando un precioso caballo negro. Cubría su cuerpo con un chubasquero largo, y la capucha grande guardaba su rostro de la lluvia. Guillermo y Ana Belén atendieron curiosos su llegada. Emily frenó al caballo justo al llegar al poblado, acercándose al grupo de inmediato. Bajó del animal de un salto soltando las riendas, se quitó los guantes, se arrimó a Ben y, mientras se quitaba la capucha, le saludó con un cariñoso beso en la mejilla

- Buenos días padre.

Los rostros de Guillermo y Ana se descompusieron en un instante. No podían creer lo que veían. Era Máriam. Los dos jóvenes eran incapaces de procesar aquello, los ojos se les salían de las cuencas.

— Quiero presentaros a mi hija Emily — les dijo educadamente Ben

Márium observó con atención a Guillermo y Ana, sorprendida por la presencia de aquellos extraños, y sobre todo por su manera de reaccionar al verla. Aaron también lo advirtió y, igualmente sorprendido, se acercó a Márium tomándole suavemente de la mano y captando un momento su atención para saludarla con un leve beso en los labios.